

Epilogo

Según un relato evangélico, estando Jesús de camino por la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos qué se decía de él.

Cuando ellos le informaron de los rumores y expectativas que comenzaban a suscitarse entre la gente, Jesús les preguntó directamente: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

Transcurridos veinte siglos, cualquier persona que se acerca con interés y honestidad a la figura de Jesús, se encuentra enfrentado a esta pregunta:

«¿Quién es Jesús?». La respuesta solo puede ser personal. Soy yo quien tengo que responder. Se me pregunta qué digo yo, no qué dicen los concilios que han formulado los grandes dogmas cristológicos, no qué explican los teólogos ni a qué conclusiones llegan hoy los exegetas e investigadores de Jesús.

También yo, a lo largo de este estudio, me he preguntado más de una vez quién es realmente Jesús para mí. No es mi propósito confesar aquí mi fe en Jesucristo. Lo he de hacer, como todos los cristianos, sobre todo con mi vida de cada día. **Lo que sí quiero es compartir con quienes os sentís cristianos algunas convicciones que han ido creciendo en mí con fuerza, a medida que he ido avanzando en mi esfuerzo por aproximarme a la persona de Jesús.**

Estas convicciones no pretenden imponer nada a quienes piensan de manera diversa. Solo son expresión de mi fe en Jesucristo. Las quiero compartir con los que amáis a Jesús, creéis en su proyecto del reino de Dios y lleváis muy dentro del corazón la preocupación por el destino de la humanidad.

Volver a Jesús. Esto es lo primero y más decisivo: poner a Jesús en el centro del cristianismo.

Todo lo demás viene después. ¿Qué puede haber más urgente y necesario para los cristianos que despertar entre nosotros la pasión por la fidelidad a Jesús? Él es lo mejor que tenemos en la Iglesia. Lo mejor que podemos ofrecer y comunicar al mundo de hoy.

Es esencial para los cristianos confesar a Jesucristo como «Hijo de Dios», «Salvador del mundo» o «Redentor de la humanidad», pero sin reducir su persona a una «sublime abstracción». No quiero creer en un Cristo sin carne. Se me hace difícil alimentar mi fe solo de doctrina. No creo que los cristianos podamos vivir hoy motivados solo por un conjunto de verdades acerca de Cristo. Necesitamos el contacto vivo con su persona: conocer mejor a Jesús y sintonizar vitalmente con él. No encuentro un modo más eficaz de ahondar y enriquecer mi fe en Jesucristo, Hijo de Dios, hecho humano por nuestra salvación.

Todos tenemos cierto riesgo de convertir a Cristo en «objeto de culto» exclusivamente: una especie de icono venerable, con rostro sin duda atractivo y majestuoso, pero del que han quedado borrados, en un grado u otro, los trazos de aquel Profeta de fuego que recorrió Galilea por los años treinta. ¿No necesitamos hoy los cristianos conocerlo de

manera más viva y concreta, comprender mejor su proyecto, captar bien su intuición de fondo y contagiarnos de su pasión por Dios y por el ser humano?

Los cristianos tenemos imágenes muy diferentes de Jesús. No todas coinciden con la que tenían de su Maestro querido los primeros hombres y mujeres que lo conocieron de cerca y le siguieron. Cada uno nos hemos hecho una idea de Jesús; tenemos nuestra propia imagen de él. Esta imagen, interiorizada a lo largo de los años, actúa como «mediación» de la presencia de Cristo en nuestra vida. Desde esa imagen leemos el evangelio o escuchamos lo que nos predicán; desde esa imagen alimentamos la fe, celebramos los sacramentos y configuramos nuestra vida cristiana. Si nuestra imagen de Jesús es pobre y parcial, nuestra fe será pobre y parcial; si está distorsionada, viviremos la experiencia cristiana de forma distorsionada. Entre nosotros hay cristianos buenos, que creen en Jesús y lo aman sinceramente,

¿no necesitan muchos de ellos «cambiar» y purificar su imagen de Jesús, para descubrir con gozo la grandeza de esa fe que llevan en su corazón?

Crear en el Dios de la vida

En estos tiempos de profunda crisis religiosa no basta creer en cualquier Dios; necesitamos discernir cuál es el verdadero. No es suficiente afirmar que Jesús es Dios; es decisivo saber qué Dios se encarna y se revela en Jesús.

Me parece muy importante reivindicar hoy, dentro de la Iglesia y en la sociedad contemporánea, el auténtico Dios de Jesús, sin confundirlo con cualquier «dios» elaborado por nosotros desde miedos, ambiciones y fantasmas que tienen poco que ver con la experiencia de Dios que vivió y comunicó Jesús. ¿No ha llegado la hora de promover esa tarea apasionante de «aprender», a partir de Jesús, quién es Dios, cómo es, cómo nos siente, cómo nos busca, qué quiere para los humanos?

Qué alegría se despertaría en muchos si pudieran intuir en Jesús los rasgos del verdadero Dios. Cómo se encendería su fe si captaran con ojos nuevos el rostro de Dios encarnado en Jesús. Si Dios existe, se parece a Jesús.

Su manera de ser, sus palabras, sus gestos y reacciones son detalles de la revelación de Dios. En más de una ocasión, al estudiar cómo era Jesús, me he sorprendido a mí mismo con este pensamiento: así se preocupa Dios de las personas, así mira a los que sufren, así busca a los perdidos, así bendice a los pequeños, así acoge, así comprende, así perdona, así ama.

Me resulta difícil imaginar otro camino más seguro para acercarnos a ese misterio que llamamos Dios. Se me ha grabado muy dentro cómo le vive Jesús. Se ve enseguida que, para él, Dios no es un concepto, sino una presencia amistosa y cercana que hace vivir y amar la vida

de manera diferente.

Jesús le vive como el mejor amigo del ser humano: el «Amigo de la vida». No es alguien extraño que, desde lejos, controla el mundo y presiona nuestras pobres vidas; es el Amigo que, desde dentro, comparte nuestra existencia y se convierte en la luz más clara y la fuerza más segura para enfrentarnos a la dureza de la vida y al misterio de la muerte.

Lo que más le interesa a Dios no es la religión, sino un mundo más humano y amable. Lo que busca es una vida más digna, sana y dichosa para todos, empezando por los últimos. Lo dijo Jesús de muchas maneras: una religión que va contra la vida, o es falsa, o ha sido entendida de manera errónea. Lo que hace feliz a Dios es vernos felices, desde ahora y para siempre. Esta es la Buena Noticia que se nos revela en Jesucristo: Dios se nos da a sí mismo como lo que es: Amor.

Vivir para el reino de Dios

Una pregunta brota en quien busca sintonizar con Jesús: ¿qué es para él lo más importante, el centro de su vida, la causa a la que se dedicó por entero, su preferencia absoluta? La respuesta no ofrece duda alguna: **Jesús vive para el reino de Dios.** Es su verdadera pasión. Por esa causa se desvive y lucha; por esa causa es perseguido y ejecutado. Para Jesús, «solo el reino de Dios es absoluto; todo lo demás es relativo» 1.

Lo central en su vida no es Dios simplemente, sino Dios con su proyecto sobre la historia humana. No habla de Dios sin más, sino de Dios y su reino de paz, compasión y justicia. No llama a la gente a hacer penitencia ante Dios, sino a «entrar» en su reino. No invita, sin más, a buscar a Dios, sino a «buscar el reino de Dios y su justicia».

Cuando pone en marcha un movimiento de seguidores que prolonguen su misión, no los envía a organizar una nueva religión, sino a anunciar y promover el reino de Dios.

¿Cómo sería la vida si todos nos pareciéramos un poco más a Dios? **Este es el gran anhelo de Jesús: construir la vida tal como la quiere Dios.** Habrá que hacer muchas cosas, pero hay tareas que Jesús subraya de manera preferente: introducir en el mundo la compasión de Dios; poner a la humanidad mirando hacia los últimos; construir un mundo más justo, empezando por los más olvidados; sembrar gestos de bondad para aliviar el sufrimiento; enseñar a vivir confiando en Dios Padre, que quiere una vida feliz para sus hijos e hijas.

Desgraciadamente, el reino de Dios es a veces una realidad olvidada por no pocos cristianos. Muchos no han oído hablar de ese proyecto de Dios; no saben que es la única tarea de la Iglesia y de los cristianos. Ignoran que, para mirar la vida con los ojos de Jesús, hay que mirarla desde la perspectiva del reino de Dios; para vivir como él hay que vivir con su pasión por el reino de Dios.

¿Qué puede haber en estos momentos, para los seguidores de Jesús,

más importante que comprometemos en una conversión real del cristianismo al reino de Dios? Ese proyecto de Dios es nuestro objetivo primero.

Desde él se nos revela la fe cristiana en su verdad última: amar a Dios es tener hambre y sed de justicia como él; seguir a Jesús es vivir para el reino de Dios como él; pertenecer a la Iglesia es comprometerse por un mundo más justo.

1 Pablo VI, Encíclica *Evangelii nuntiandi*, 8.

Seguir a Jesús

Jesús no dejó detrás de sí una «escuela», al estilo de los filósofos griegos, para seguir ahondando en la verdad última de la realidad. Tampoco pensó en una institución dedicada a garantizar en el mundo la verdadera religión. Jesús puso en marcha un movimiento de «seguidores» que se encargaran de anunciar y promover su proyecto del «reino de Dios». De ahí proviene la Iglesia de Jesús. Por eso, nada hay más decisivo para nosotros que reactivar una y otra vez dentro de la Iglesia el seguimiento fiel a su persona. El seguimiento a Jesús es el único que nos hace cristianos.

Aunque a veces lo olvidamos, esa es la opción primera de un cristiano: seguir a Jesús. Esta decisión lo cambia todo. Es como empezar a vivir de manera diferente la fe, la vida y la realidad de cada día.

Encontrar, por fin, el eje, la verdad, la razón de vivir, el camino. Poder vivir dando un contenido real a la adhesión a Jesús: creer en lo que él creyó; vivir lo que él vivió; dar importancia a lo que él se la daba; interesarse por lo que él se interesó; tratar a las personas como él las trató; mirar la vida como la miraba él; orar como él oró; contagiar esperanza como la contagiaba él.

Sé que es posible seguir a Jesús por caminos diversos. El seguimiento de Francisco de Asís no es el de Francisco Javier o el de Teresa de Jesús.

Son muchos los aspectos y matices del servicio de Jesús al reino de Dios. Pero hay rasgos básicos que no pueden faltar en un verdadero seguimiento de Jesús. Señalo algunos.

Seguir a Jesús implica poner en el centro de nuestra mirada y de nuestro corazón a los *pobres*. Situarnos en la perspectiva de los que sufren. Hacer nuestros sus sufrimientos y aspiraciones. Asumir su defensa.

Seguir a Jesús es vivir con *compasión*. Sacudirnos de encima la indiferencia. No vivir solo de abstracciones y principios teóricos, sino acercarnos a las personas en su situación concreta.

Seguir a Jesús pide desarrollar la *acogida*. No vivir con mentalidad de secta. No excluir ni excomulgar. Hacer nuestro el proyecto integrador e incluyente de Jesús. Derribar fronteras y construir puentes. Eliminar la discriminación.

Seguir a Jesús es asumir la *crucifixión* por el reino de Dios. No dejar de definirnos y tomar partido por miedo a las consecuencias dolorosas.

Cargar con el peso del «antirreino» y tomar la cruz de cada día en comunión con Jesús y los crucificados de la tierra. Seguir a Jesús es *confiar* en el Padre de todos, invocar su nombre santo, pedir la venida de su reino y sembrar la esperanza de Jesús contra toda esperanza.

Construir la Iglesia de Jesús

Hablar de Jesús y de la Iglesia es decisivo, pero también delicado y a veces conflictivo. No todos los cristianos tenemos la misma visión de la realidad eclesial; nuestra perspectiva y talante, nuestro modo de percibir y vivir su misterio es, con frecuencia, no solo diferente, sino contrapuesto.

Jesús no separa a ningún creyente de su Iglesia, no le enfrenta a ella. Al menos esta es mi experiencia. En la Iglesia encuentro yo a Jesús como en ninguna parte; en las comunidades cristianas escucho su mensaje y percibo su Espíritu.

Algo, sin embargo, está cambiando en mí. Amo a la Iglesia tal como es, con sus virtudes y su pecado, pero ahora, cada vez más, la amo porque amo el proyecto de Jesús para el mundo: el reino de Dios. Por eso quiero verla cada vez más convertida a Jesús. **No veo una forma más auténtica de amar a la Iglesia que trabajar por su conversión al evangelio.**

Quiero vivir en la Iglesia convirtiéndome a Jesús. Esa ha de ser mi primera contribución. Quiero trabajar por una Iglesia a la que la gente sienta como «amiga de pecadores». Una Iglesia que busca a los «perdidos», descuidando tal vez otros aspectos que pueden parecer más importantes.

Una Iglesia donde la mujer ocupe el lugar querido realmente por Jesús. Una Iglesia preocupada por la felicidad de las personas, que acoge, escucha y acompaña a cuantos sufren. Quiero una Iglesia de corazón grande en la que cada mañana nos pongamos a trabajar por el reino, sabiendo que Dios ha hecho salir su sol sobre buenos y malos.

Sé que no basta con hablar de la «conversión de la Iglesia a Jesús», aunque pienso que es necesario y urgente proclamarlo una y otra vez. **La única forma de vivir en proceso de conversión permanente es que las comunidades cristianas y cada uno de los creyentes nos atrevamos a vivir más abiertos al Espíritu de Jesús.** Cuando nos falta ese Espíritu, nos podemos hacer la ilusión de ser cristianos, pero nada nos diferencia apenas de quienes no lo son; jugamos a hacer de profetas, pero, en realidad, no tenemos nada nuevo que comunicar a nadie. Terminamos con frecuencia repitiendo con lenguaje religioso las «profecías» de este mundo.

Vivir y morir con la esperanza de Jesús Según los relatos evangélicos, al morir, Jesús «dio un fuerte grito». No era solo el grito final de un moribundo. En aquel grito estaban gritando todos los crucificados de la historia. Era un grito de indignación y de protesta.

Era, al mismo tiempo, un grito de esperanza. Nunca olvidaron los primeros cristianos este grito de Jesús. En el grito de este hombre rechazado y ejecutado por buscar la felicidad de todos está la verdad última de la vida. En el amor de este crucificado está Dios mismo, identificado con todos los que sufren, gritando contra todas las injusticias, torturas y abusos de todos los tiempos.

En este Dios se puede creer o no creer, pero no es posible burlarse de él. Este Dios no es una caricatura de Ser Supremo y Omnipotente, desentendido de sus criaturas o buscando en ellas exclusivamente su propia gloria. Es el Dios encarnado en Jesús, que sufre con los que sufren, muere con los que mueren injustamente y que busca con nosotros y para nosotros la Vida.

En el mundo hay un «exceso» de sufrimiento inocente e irracional. Quienes vivimos satisfechos en la sociedad de la abundancia podemos alimentar algunas ilusiones efímeras, pero, ¿hay algo que pueda ofrecer al ser humano un fundamento definitivo para la esperanza? Si todo acaba en la muerte, ¿quién nos puede consolar? Los seguidores de Jesús nos atrevemos a esperar la respuesta definitiva de Dios allí donde Jesús la encontró: más allá de la muerte. La resurrección de Jesús es para nosotros la razón última y la fuerza diaria de nuestra esperanza: lo que nos alienta para trabajar por un mundo más humano, según el corazón de Dios, y lo que nos hace esperar confiados su salvación. En Jesús resucitado descubrimos la intención profunda de Dios confirmada para siempre: una vida plenamente feliz para la creación entera, una vida liberada para siempre del mal. La vida vivida desde su Fuente.

¿Dónde puedo yo encontrar un fundamento más sólido para vivir y morir con esperanza? Nadie puede despertar y sostener en mí una alegría más radical: ahora sé que un día veré con mis propios ojos, gozando por fin de una verdadera vida, a tanta gente crucificada a la que hoy veo sufrir en este mundo sin conocer la dicha ni la paz. A su vida crucificada solo le espera resurrección. Dios mismo «enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni habrá pena, ni llanto, ni dolor» 2. Más aún, sostenido por Jesús, me atrevo a esperar mi propia resurrección. En él escucho las palabras más grandiosas que Dios puede decirme al corazón: «Al que tenga sed, yo le daré a beber gratis de la fuente del agua de la vida» 3 ¡Gratis!, sin merecerlo, así saciará Dios la sed de vida que hay dentro de nosotros.

2 Apocalipsis